

## CAPITULO II.

¿Estará loca?

Ningun acontecimiento digno de consignarse en las humildes páginas de nuestra novela histórica habia tenido lugar en el resto del dia.

Las tiernas educandas volvieron á la escuela sin que vieses en el edificio de enfrente nada que llamase su atencion, y salieron á las cinco de la tarde, alegres y contentas, mirando hácia todas partes, sin encontrar cosa alguna que despertase su infantil curiosidad.

A poco, una pintada mariposa á quien iban persiguiendo, se elevó en tortuoso vuelo con direccion á la ventana: los ojos de

todas le seguian con afan, al mismo tiempo que tiraban al aire sus pañuelos para cojerla.

El matizado insecto, buscando un refugio salvador, se acercó á las altas rejas para penetrar por ellas en la pieza. Era el momento en que las niñas descubriesen á la que gemia presa; pero nadie se hallaba en aquel momento detras del enrejado.

La ventana habia permanecido solitaria desde que vimos desaparecer de ella, al fin del capítulo anterior, á la afligida mujer que habia hecho esfuerzos inauditos por llamar la atencion de Nuñez.

Casi enfrente de esta ventana, y al lado de la escuela, se encontraba la vivienda de Elisa.

Era una habitacion baja, sin escalera, con dos piezas, igual en un todo á la que ocupaba Amalia.

Sin embargo, en ella todo respiraba tristeza y necesidad.

Tres sillas ordinarias, y en un estado deplorable, y una mesita blanca de pino, sin

pintar, era todo el adorno de la pieza que hacia las veces de sala.

En el otro cuarto que servia de alcoba, se veia una miserable cama ocupando uno de los rincones; y arrimado á uno de los ángulos un colchon envuelto en un raído petate, que era el lecho de la bella Julita y su linda hermana.

El juego, ese devorador de la tranquilidad del hombre y de su fortuna, habia llevado la ruina, la miseria, el llanto y el hambre á aquella casa, en que habitaban tres mártires y un verdugo.

La noche estaba serena como la faz de los bienaventurados.

Los millones de resplandecientes estrellas brillaban en el azul del cielo como otras tantas lámparas colgadas de la celeste bóveda del orbe; y tiñendo de melancólica y dulce luz el horizonte, se elevaba blanca y magestuosa la luna por en medio de los astros como una reina, cercada de sus bellas cortesanas, avanza con marcial continente hácia su esplendente trono.

Sentadas en la puerta que se hallaba al

una excelente señora á quien debeis querer mucho, pues os instruye y acaricia.

—Y se ha negado á recibir nada por vuestra enseñanza, ¿no es verdad, mamá?

—Sí, hijas mias, es cierto; me ve pobre, y no quiere admitir paga ninguna por vuestra educacion: dice que es un obsequio que tiene placer en haceros.

—¡Ah!.... ¡Cuánto la quiero!....—dijo Teresita.—Si algun dia quiere Dios que yo sea dueña de alguna cosa de valor, mi primer cuidado será regalársela á mi querida maestra.

—El mismo pensamiento tengo yo.

Añadió Julia.

—¡Bien, Teresita...! ¡bien, hijas mias...!—Exclamó Elisa conmovida por aquel rasgo de gratitud que revelaba la excelencia de dos sencillos corazones.—La gratitud es uno de los sentimientos mas gratos á los ojos de Dios, y que mas recomiendan y enaltecen al hombre.

—Lo sensible es—dijo Teresita—que despues de hacerse amar por su benevolencia las personas que nos favorecen, nos privan

del placer de verlas, sin que nos den lugar á que podamos manifestarles nuestro profundo agradecimiento, como nos sucede con la señorita Clotilde.

—¡Clotilde....!

Exclamó la hermosa Elisa profundamente conmovida.

Parecia que aquel nombre ejercia sobre su alma un influjo magnético, dulce y tierno, que le inundaba de grata melancolía.

Al escucharlo, su amoroso corazón dió un salto dentro del pecho, su faz se cubrió de una palidez extrema, y sus rasgados ojos se llenaron de calientes lágrimas.

—Solo una vez—continuó la linda Teresita, sin advertir la mutacion operada en el semblante de su querida madre—hemos tenido el gusto de verla en nuestra casa, en la calle de Tacuba.

—Sí.... es cierto.... ¡Una sola vez....!—Contestó Elisa con acento triste y doloroso.—Pero no por eso nos ha olvidado, hijas mías!.... ¡No por eso ha dejado de acordarse de esta pobre mujer, que la bendice

desde el fondo de su corazón y ruega á todas horas á Dios por su felicidad....! ¡Y su recuerdo es mi consuelo.... es el bálsamo de mis penas.... mi delicia.... mi ventura....! ¡Ah!.... gracias á ese cariño que estimo en mas que todos los tesoros de la tierra, puedo atender á vuestras necesidades....! ¡No os miro perecer de hambre y de miseria....!

—¡Ah!.... ¡Cuánto la quiero!....

Exclamó Teresita inflamada por el entusiasmo de su agradecida madre.

—¡Y yo la amo como á una hermana!....

Añadió la graciosa Julia.

—¡Sí; debéis quererla.... debéis amarla....!—Dijo Elisa con una emocion suprema.—¡Ella es el ángel que vela por nuestra existencia....! ¡la que nos envia con religiosa puntualidad todos los meses la suficiente cantidad para nuestro sustento!.... ¡Si no por ella, ¡qué seria de nosotros?....

—¡Oh!.... debe quererla mucho su mamá!.... ¡No es cierto?....

—¡Su mamá!....

Exclamó con acento triste y conmovido la amorosa madre.

—¿Pues qué, no la quiere?....

—¡Mucho!.... ¡muchísimo, hijas mias...! ¡Hay madre acaso en el mundo que no ame entrañablemente á sus queridos hijos?.... La quiere, sí, la idolatra; pero la infeliz se ve obligada á no darse á conocer.

—No apruebo ese proceder.

—Quiere que su hija goce de todas las comodidades y las consideraciones que hacen grata la existencia, y sacrifica á su felicidad el placer de darla el dulce nombre de hija.

—¡Pobre Clotilde!.... ¡No conocer á la que le dió la vida....! ¡Qué crueldad....! ¡Ah....! ¡pues yo mas quiero—dijo Teresita—abrazar á mi madre, recibir sus besos, sentir sus caricias y sufrir con ella pobre y desgraciada, que habitar en ricos palacios sin conocerla....! Tú no harías eso con nosotras, ¿no es verdad?

—¡Yo....!

Y Elisa no sabia que responder. Su garganta estaba cerrada como por un nudo;

su corazon se conmovió profundamente, y su vista quedó velada por las lágrimas.

—Tú no nos dejarías.

—¡Jamás.... jamás....!

Y las estrechaba contra su pecho.

—Debe ser mala esa madre: yo no la quiero.

—¡Ah! ¡por piedad no la acuseis, hijas mias....! Es buena: le ama como yo os amo á vosotras.... con todo su corazon, con todas sus potencias....

—¿La conoces tú?

—Hace muchos años á la desgraciada! ¡La he visto llorar y sufrir por Clotilde.... Orar por ella continuamente.... he escuchado sus sollozos y me ha contado sus penas....!

—Pero ¿por qué no se da á conocer?

—Es un secreto.... ¡Las mujeres, hijas mias, son muy desdichadas....! ¡Han nacido para llorar y padecer....!

—¡Ah! ¡ya quiero, ya amo á esa pobre madre....! ¡Debe ser muy buena cuando tú la defiendes....!

Y Teresita y Julia abrazaron á la hermo-

sa Elisa que, profundamente conmovida, las cubria de besos y las estrechaba contra su amante corazón.

—¡Bien, hijas mías, bien....! ¡No sabeis el placer que me proporcionan los nobles afectos de compasión y de ternura que acabais de manifestar....!

—Y aun cuando no fuese tan buena y tan sin ventura;—dijo Teresita con tierno acento;—La madre de Clotilde, siempre debe ser amada por nosotras.

Elisa imprimió un beso en la frente de su hija.

—Sí:—contestó conmovida.—Debeis amarla porque es la madre del sér que nos colma de beneficios. Sin su proteccion, ¡qué seria de nosotras....!

—Y de nuestro papá; porque él es quien te suele pedir el dinero que te envia.

—¡Es verdad!

Dijo con tristeza Elisa.

—¿Y para qué te lo pide?

Preguntó Julia con infantil candidez.

—¿Para qué....?—repuso con algun embarazo la pobre mujer, que queria ocultar

á los ojos de sus hijas el vicio que dominaba el corazón de Diego.—Para.... para girarlo y traerlo mas.

—¡Por eso....? ¡Pobre papá....! Pero debe ser muy desgraciado, porque siempre veo que vuelve sin nada, triste y de mal humor.

—Sí.... es porque sus negocios no le dan el resultado que él suele prometerse, y viene triste porque no puede proporcionarnos todas las comodidades que quisiera.

—¡Es por nosotras! ¡Ah! ¡pobrecito de papá....! ¡Cuánto deseo encontrarme en la edad de ganar algo para que descansel—Dijo Teresita.—Entonces pondré una escuela, y ni tú ni él trabajareis mas. Por eso me empeño en aprender.... Por eso me aplico y estudio noche y dia.

—Y yo te ayudaré, hermana mia:—añadió Julia.—Sí; yo te ayudaré con todo empeño.

Elisa abrazó á sus tiernas hijas inundada de felicidad.

Aquel profundo sentimiento filial bañó de

satisfacción su alma, y se creyó la más dichosa de las mujeres.

El agradecimiento y el amor de los hijos, es el premio inapreciable con que Dios recompensa los desvelos de los padres.

—También es muy digno de nuestra gratitud—dijo Teresita—ese excelente indio D. Pablo, que nos suele enviar, de vez en cuando, fruta y otras cosas de su rancho de Texcoco.

—¡Oh! sí: Pablo es un apreciable campesino que se interesó por nosotros desde el momento que comprendió la triste situación en que se encontraba vuestro padre, á quien halló herido en San Angel, y que hubiera muerto en medio del campo, si ese hombre no hubiera pasado esa noche por el triste sitio en que yacía revolcándose en su sangre.

—¡Oh! yo le quiero mucho.

Exclamó Teresita.

—Y yo también.

Añadió Julia.

—Es un excelente sugeto, que bajo un exterior tosco y rudo, esconde una alma noble y generosa. Sí, hijas mías; un hom-

bre lleno de bondad, que nos ha dado pruebas inequívocas de aprecio y de amistad, y á quien debéis querer por todo cuanto ha hecho por nosotros, y porque á él le debéis la vida de vuestro padre.

En aquel momento se acercó á la puerta en que estaban hablando, la excelente preceptora.

—Me trae—dijo—á interrumpir la conversacion de vdes., una cosa que ha llamado vivamente mi atencion.

—¿Cuál?

Preguntó Elisa con curiosidad.

—La aparicion de una mujer con una luz en la mano, en aquella ventana enrejada de la casa de enfrente.

—A nadie veo.

Dijo Elisa fijando, lo mismo que sus hijas, la vista en el punto indicado.

—Es que se presenta un momento, y vuelve á desaparecer. Esperemos un poco, que no debe tardar en aparecer de nuevo.

—Véamos.

Contestó la esposa de Diego; y los cuatro

clavaron con avidez los ojos en la alta y estrecha ventana.

En aquel instante el astro de la noche se oscureció como si le hubiesen cubierto con una sombra, y la tierra quedó en completas tinieblas.

—¡Dios mio!

Exclamaron sobresaltadas Julia y Teresita.

—No hay que asustarse, queridas:—dijo la maestra sonriendo;—es un eclipse de luna.

—¿Un eclipse de luna....? ¿Y cómo se efectúa ese eclipse?

—Os lo explicaré. La tierra y la luna son dos planetas de la forma de una naranja, que ruedan al rededor del sol, el cual ilumina entrambos de la misma manera. En este momento el sol, la tierra y la luna, se encuentran en la misma línea, esto es, el uno detras del otro, de donde resulta, que estando interpuesta la tierra entre el astro del día y el astro de la noche, no deja que los rayos solares caigan sobre la luna, por lo cual deja ésta de alumbrarnos.

—Lo comprendo perfectamente.

Dijo Teresita.

—Pero ya el eclipse pasa, y es preciso que volvamos á fijar la vista en la ventana.

—Yo veo moverse una luz dentro del cuarto.

Advirtió Julia.

—Sin duda:—contestó Amalia.—Seguramente va á presentarse.

Los ojos de todos volvieron á fijarse en la ventana.

La luna brillaba en toda su plenitud.

Un ligero viento mecia las hojas de los árboles, cuyas ramas formaban un ruido armonioso y melancólico.

De repente se vió proyectar en la ventana la sombra de una mujer que se acercaba.

Amalia, Elisa y sus dos niñas guardaban un sepulcral silencio.

A los pocos instantes la luz reflejó en las rejas como si la condujesen de abajo para arriba, y en seguida se dejó ver el rostro de una jóven, de una belleza extrema, cuyos hermosos ojos, arrasados de lágrimas, se dirijieron suplicantes hácia el grupo que la contemplaba.

Todos se conmovieron de aquel sér que revelaba en su angélico semblante la inocencia de las vírgenes y la pureza de una alma sin mancha.

Elisa se quedó contemplándola cual si viese una vision fantástica.

Julia y Teresita la miraban con una mezcla de asombro y de ternura indefinible, mientras que la hermosa Amalia, arrastrada por una fuerza secreta, se encontraba gratamente subyugada por la dulce mirada de aquella interesante jóven que parecia implorar su compasion.

Hay sentimientos en nuestra alma cuyas causas no nos podemos explicar.

Amalia no recordaba haber visto jamas á la hermosa jóven que permanecia en la ventana, y sin embargo, sentia hácia ella, no un cariño leve y pasajero que siente todo corazon noble ante la desgracia de la humanidad, sino un afecto profundo, íntimo, tierno, que le identificaba con ella, que la conmovia dulcemente, que le obligaba á permanecer en éxtasis, contemplándola sin apartar de ella la vista.

La jóven, al ver que habia conseguido llamar la atencion y despertar tal vez las simpatías de las que la observaban, hizo varios movimientos con su blanca y delicada mano.

—Hace señas—dijo Julia—de que tiene sed.

—En efecto.

Añadió Elisa.

—¡Ah....!—exclamó conmovida Amalia:—¡Es preciso satisfacer en el momento su necesidad!.... ¡Sed....! ¡Desdichada....! ¡Tal vez es la víctima de un esposo cruel, despiadado y zeloso....!

—O una infeliz que ha perdido el juicio, y á quien su familia se ve precisada á tener encerrada.

Observó Elisa.

—De todas maneras es preciso socorrerla.

Dijeron las dos niñas.

—Yo me encargo de ello.

Repuso Amalia, y partió al instante de allí, penetró en su cuarto, tomó una botella muy limpia, la llenó de agua sumamente



fresca, y se dirigió á colocarse debajo de la ventana.

La jóven que estaba detras de la reja, al verla marchar en direccion á ella, dejó ver en su semblante la alegría mas pura, elevó sus grandes ojos al cielo en señal de gratitud, y poco despues dejaba caer hácia el campo una larga cuerda que habia sacado de uno de los bolsillos de su vestido, y cuyo extremo sujetaba fuertemente en su mano.

La preceptora ató perfectamente el cuello de la botella á la punta de la cuerda, hizo una seña para que la subieran, y poco despues la hermosa cautiva, manifestando su profunda gratitud por medio de expresivas demostraciones, desapareció con el anhelado líquido que con tanto afán habia solicitado.

La bondadosa maestra, llena de esa satisfaccion interna que experimenta el alma despues de haber practicado una buena accion, volvió á reunirse con la familia de Diego.

—¡Pobre jóven.....!—dijo al acercarse—  
¡Con qué placer ha recibido el agua.....!

—Como que la sed es el tormento de los condenados. Tal vez habrá vaciado la infeliz de un solo trago la botella!

—¡Oh! tengamos cuidado para ver si se asoma en solicitud de mas. No le privemos de un bien supremo para ella, y que sin sacrificio alguno de nuestra parte podemos proporcionarle.

—Pero si le privasen del agua—advirtió Elisa despues de meditar un instante—tambien le privarian del alimento, y ella solo ha manifestado que tenia sed. ¿No será, pues, una desgraciada demente, cuya idea fija sea la de manifestar que está sedienta?

—Puede ser muy bien; pero si así es, pronto volverá á aparecer haciendo las mismas señas, pues los que han tenido la desgracia de perder la razon, no cesan de repetir sus demostraciones.

—¡Ah! ¡vuelve á salir!

Exclamó Teresita.

Las miradas de las cuatro se fijaron á un tiempo en la ventana con la mayor curiosidad y afán.

La jóven se presentó detras de la reja con un semblante dulce, apacible y reposado.

La sonrisa de los ángeles vagaba por sus purpurinos labios. Dirijió tranquilamente sus hermosos ojos, arrasados en lágrimas, hácia el grupo bienhechor, y les envió en una celestial mirada, toda la gratitud, todo el cariño, todo el reconocimiento de que estaba embargada su alma.

Amalia se conmovió profundamente, como si la mirada de aquella mujer envolviese un fluido magnético que avasallase su corazón.

La sola presencia de aquella interesante jóven bañaba su alma de una superabundancia de felicidad indefinible.

Sentia hácia ella un cariño tan intenso, á la vez que dulce y desinteresado, que la preceptora se estremeció con una idea que le asaltó de repente, y que estaba enlazada con el pasado.

¿Qué idea era esta?

Amalia no se atrevió á comunicársela á nadie.

Era un secreto que guardaba en lo mas hondo del corazón.

—¡Oh! ¡es imposible que esté loca esa jóven!—exclamó despues de observarla un momento con religioso silencio.—Su fisonomía y sus maneras solo denuncian el dolor y el sufrimiento....!

—Esperemos otro instante.

Contestó Elisa.

—Ya vuelve otra vez á hacer señas de que tiene sed.

Dijo Julia pasados algunos instantes.

Y con efecto; la hermosa jóven volvió á indicar con la mano que estaba sedienta.

Amalia dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho, y exclamó con acento tierno y abatido.

—¡Sí....! ¡me engañé! ¡está loca....! Pero ¿qué importa....? es preciso complacerla.

Y arrastrada por un sentimiento de compasion, se dirijió hácia la ventana.

La que gemia presa, bajó la botella atada á la cuerda.

La preceptora, al encontrarla vacia, la desató, volvió á llenarla de agua, la ató de

nuevo á la cuerda, hizo seña de que la su-  
biera, la jóven ejecutó en el instante la ór-  
den, dió las gracias con las demostraciones  
mas inequívocas, y desapareció por segun-  
da vez.

Amalia se acercó á Elisa, y le dijo:

—Nunca me han conmovido tanto como  
ahora las desgracias ajenas. ¡La situacion  
de esa hermosa jóven me ha desgarrado el  
corazon....!

La llegada de Diego, en cuyo rostro se  
veian pintados el enojo, la desesperacion y  
el despecho, enmudeció á las cuatro inter-  
locutoras.

—Buenas noches.

Dijo con sequedad y bronco acento pe-  
netrando en la habitacion, sin detenerse si-  
quiera á hacer una caricia á sus inocentes  
criaturas.

Elisa y sus queridas hijas se estremecie-  
ron de terror, y sus ojos se llenaran de lá-  
grimas.

Amalia estrechó la mano de su desgra-  
ciada vecina, y se despidió de ella afectuo-  
samente.

En aquel momento la jóven se presentó  
en la ventana descolgando vacia la botella.

La preceptora se acercó á cojerla; la sol-  
tó de la cuerda, y dirigió los ojos hácia la  
que juzgaba loca para ver si anhelaba otra  
cosa.

La jóven comprendió el noble deseo de  
su favorecedora, llevó la mano á su cora-  
zon manifestando su gratitud, le envió una  
mirada intensa de eterno reconocimiento,  
y desapareció de la reja.

Amalia se retiró á su vivienda profunda-  
mente conmovida.

¿Era aquella jóven una víctima acaso de  
los injustos zelos de un esposo suspicaz?

¿Era una hija rebelde á los consejos de  
un padre?

¿Era una esposa criminal?

¿O tal vez una desgraciada mujer priva-  
da de razon, á quien su familia se habia  
visto en la penosa necesidad de encerrarla  
en aquel cuarto?

La compasiva preceptora se vió asaltada  
por todos estos pensamientos, de los cua-  
les, el último le parecia estar en armonía

con la accion que acababa de practicar la jóven, solicitando por dos veces que le sirviesen agua.

¿Y acertaba?

Los sucesos nos lo demostrarán en el curso de esta historia.

### CAPITULO III.

La casa del jugador.

En cuanto la preceptora se despidió de Elisa, ésta, disimulando el terror que le habia infundido la entrada desapacible y ruda de su esposo, cerró la puerta y se dirigió con el corazon comprimido á un rincon de la sala.

Diego, con los brazos echados hácia atras y con las manos enlazadas, se paseaba á largos pasos en la pieza contigua y sin pronunciar palabra.

Su rostro estaba lívido, sus ojos encendidos, sus labios blancos como el papel, el cabello despeinado y su vestido en desorden.

En su ceño imponente y severo se retra-